

## Hacia una arquitectura (1923)

Le Corbusier

Estética del ingeniero, Arquitectura, dos entes solidarios, consecutivos, el uno en pleno desarrollo, el otro en penosa regresión.

El ingeniero, inspirado por la ley de la economía, y llevado por el cálculo, nos pone de acuerdo con las leyes del universo. Logra la armonía.

El arquitecto, por el ordenamiento de las formas, obtiene un orden que es pura creación de su espíritu; por las formas, afecta intensamente nuestros sentidos, provocando emociones plásticas: por las relaciones que crea, despierta en nosotros profundas resonancias, nos da la medida de un orden que se siente de acuerdo con el del mundo, determina reacciones diversas de nuestro espíritu y de nuestro corazón; y entonces percibimos la belleza.

Estética del Ingeniero. Arquitectura

Estética del ingeniero, Arquitectura, dos entes solidarios, consecutivos, el Uno en pleno desarrollo, el otro en penosa regresión.

Cuestión de moralidad. La mentira es intolerable. Uno muere Con la mentira.

La arquitectura es una de las necesidades mas urgentes del hombre, ya que la casa ha sido siempre la indispensable y primera herramienta que se ha forjado. Las herramientas del hombre jalonan las etapas de la civilización, la edad de piedra, la edad de bronce, la edad de hierro. La herramienta procede de perfeccionamientos sucesivos: a ellos se une el trabajo de las generaciones. La herramienta es la expresión directa, inmediata, del progreso; la herramienta es la colaboradora obligada; también es la liberadora. Las herramientas viejas se desechan: la escopeta, la culebrina, el coche de plaza y la locomotora vieja. Ese gesto es una manifestarán de salud, de salud moral, de moral también; no hay derecho a producir mal por causa de una mala herramienta; no hay derecho a malgastar la fuerza, la salud y el valor por causa de una mala herramienta; se la desecha, se la reemplaza.

Pero los hombres viven en casas viejas y no han pensado aun en construirse casas. El albergue les ha importado, en todas las épocas. Tanto, que han establecido el culto sagrado de la casa. ¡Un techo!, otros dioses lares. Las religiones están asentadas sobre dogmas y los dogmas no cambian; pero las civilizaciones cambian y las religiones se derrumban, apolilladas. Las casas no han cambiado. La religión de las casas permanece idéntica desde hace siglos. La casa se derrumbara.

El hombre que practica una religión y no cree en ella, es un cobarde; es un desgraciado. Somos desgraciados por habitar casas indignas que arruinan nuestra salud y nuestra moral. Por consiguiente, nos hemos convertido en animales sedentarios; la casa nos roe en nuestra inmovilidad, como una

tisis. Dentro de poco necesitaremos demasiados sanatorios. Somos desgraciados. Nuestras casas nos desagradan; huimos de ellas y frecuentamos los cafés y los bailes; o nos congregamos, taciturnos y agazapados, en las casas, como animales tristes. Nos desmoralizamos.

Los ingenieros construyen las herramientas de su tiempo. Todo, salvo las casas y los tocadores putrefactos

Hay una gran escuela nacional de arquitectos y hay, en todos los países, escuelas nacionales, regionales, municipales de arquitectos que desorientan las inteligencias jóvenes y les enseñan lo falso, los afeites y las obsequiosidades de los cortesanos. ¡Las escuelas nacionales!

Los ingenieros son sanos y viriles, activos y útiles, morales y alegres. Los arquitectos son desencantados y desocupados, charlatanes o taciturnos. Dentro de poco no tendrán nada que hacer. No tenemos ya dinero para sostener los recuerdos históricos. Necesitamos lavarnos.

Los ingenieros nos proporcionan estas cosas y construirán.

Sin embargo existe la arquitectura. Cosa admirable, la más bella. El producto de los pueblos dichosos y lo que produce pueblos dichosos.

Las ciudades dichosas tienen arquitectura.

La arquitectura está en el aparato telefónico y en el Partenón. ¡Qué bien podría estar en nuestras casas! Nuestras casas forman calles, las calles forman ciudades, y las ciudades son individuos que cobran un alma, que sienten, que sufren y que admiran. Qué bien podría estar la arquitectura en las calles y en toda la ciudad!

El diagnóstico es claro.

Los ingenieros hacen arquitectura, porque emplean el cálculo surgido de las leyes de la naturaleza, y sus obras nos hacen sentir la ARMONÍA. Hay, pues, una estética del ingeniero, ya que, al calcular necesita calificar ciertos términos de la ecuación y el gusto es el que interviene. Ahora bien, cuando se maneja el cálculo, uno se halla en un estado de espíritu puro y, en ese estado de espíritu, el gusto sigue los caminos seguros.

Los arquitectos salidos de las escuelas, esos invernaderos cálidos donde se fabrican hortensias azules, crisantemos verdes y donde se cultivan las sucias orquídeas, entran en la ciudad con el espíritu de un lechero que vendiese su leche con vitriolo, con veneno.

Aún se cree, acá y allá, en los arquitectos, como se cree, ciegamente, en todos los médicos. ¡Es preciso que las casas se tengan en pie! ¡Hay que recurrir al hombre del arte! Del arte que, según Larousse, es la aplicación de los conocimientos a la realización de una concepción. Ahora bien, hoy en día, los ingenieros son los que conocen, los que conocen el modo de construir, de caldear, de ventilar, de iluminar. ¿No es cierto?

El diagnóstico es que, comenzando por el principio, el ingeniero que procede según sus conocimientos marca el derrotero y es dueño de la verdad. Porque la arquitectura, que es emoción plástica, debe, en su dominio.

COMENZAR TAMBIEN POR EL PRINCIPIO Y EMPLEAR LOS ELEMENTOS SUSCEPTIBLES DE IMPRESIONAR NUESTROS SENTIDOS, DE COLMAR NUESTROS DESEOS VISUALES, y disponerlos de tal manera que SU CONTEMPLACIÓN NOS AFECTE CLARAMENTE, por la finura o la brutalidad, el tumulto o la serenidad, la indiferencia o el interés. Estos elementos son elementos plásticos, formas que nuestros ojos ven claramente y que nuestro espíritu mide.

Esas formas, primarias o sutiles, flexibles o brutales, actúan fisiológicamente sobre nuestros sentidos (esfera, cubo, cilindro, horizontal, vertical, oblicuo, etc.) y lo conmocionan. Una vez afectados, somos susceptibles de percibir más allá de las sensaciones brutales, y entonces nacerán ciertas relaciones que actúan sobre nuestra conciencia y nos transportan a un estado de alegría (consonancia con las leyes del universo que nos gobiernan y a las cuales se someten todos nuestros actos) en que el hombre utiliza plenamente sus facultades de memoria, de examen, de razonamiento, de creación.

Hoy en día la arquitectura no recuerda sus comienzos.

Los arquitectos hacen estilos o discuten en exceso sobre estructura; el cliente, el público, siente en virtud de costumbres visuales y razona en base a una educación insuficiente. Nuestro mundo exterior se ha transformado formidablemente en su aspecto y en su utilización por causa de la máquina. Tenemos una óptica y una vida social nuevas, pero no hemos adaptado la casa a ellas.

Ha llegado el momento de presentar el problema de la casa, de la calle y de la ciudad, y de confrontar al arquitecto con el ingeniero.

Para el arquitecto, hemos escrito las “TRES ADVERTENCIAS”:

El VOLUMEN, que es el elemento por el cual nuestros sentidos perciben, miden y son plenamente afectados.

La SUPERFICIE, que es la envoltura del volumen y que puede anular o ampliar la sensación.

El PLAN, que es el generador del volumen y de la superficie y mediante el cual todo está irrevocablemente determinado.

Luego, también para el arquitecto, están los “TRAZADOS REGULADORES” que muestran de este modo uno de los medios por los cuales la arquitectura logra esa matemática sensible que nos da la impresión bien-hechora del orden. Aquí hemos querido exponer hechos que valen más que las disertaciones acerca del alma de las piedras. Nos hemos quedado en la física de la obra, en el conocimiento.

Hemos pensado en el habitante de la casa y en la multitud de la ciudad. Sabemos bien que una gran parte de la desgracia actual de la arquitectura se debe al cliente, al que encarga, elige, corrige y paga. Para él, hemos escrito: "LOS OJOS QUE NO VEN".

Conocemos demasiados grandes industriales, banqueros y comerciantes que nos dicen: "Perdóneme, no soy más que un hombre de negocios, vivo totalmente fuera de las artes, soy un filisteo". Nosotros les hemos respondido:

"Todas sus energías tienden hacia el magnífico fin que consiste en forjar las herramientas de una época, y en crear en el mundo entero esa multitud de cosas bellas en las cuales rige la ley de la Economía, y el cálculo unido a la audacia y a la imaginación. Mire lo que hace: es, hablando con propiedad, hermoso."

A esos mismos industriales, comerciantes o banqueros los hemos visto lejos de sus negocios; en sus casas, donde todo parecía contradecir su ser: los muros demasiado estrechos, el amontonamiento de objetos inútiles y dis-pares y un espíritu nauseabundo que reinaba en tantas falsedades de Aubusson, Salón de Otoño, estilos de todas clases y baratijas ridículas. Parecían acobardados, encogidos, como tigres enjaulados; se veía claramente que eran más dichosos en su fábrica o en su banco. En nombre del paquebote, del avión y del auto, hemos reclamado la salud, la lógica, la audacia, la armonía, la perfección.

Se nos comprende. Son perogrulladas. No es inútil apresurar la limpieza.

Por fin podremos hablar de ARQUITECTURA, después de tantos silos, fábricas, máquinas y rascacielos. La ARQUITECTURA es una obra de arte, un fenómeno de emoción, situado fuera y más allá de los problemas de la construcción. La Construcción TIENE POR MISION AFIRMAR ALGO; la Arquitectura, SE PROPONE EMOCIONAR. La emoción arquitectónica se produce cuando la obra suena en nosotros al diapasón de un universo, cuyas leyes sufrimos, reconocemos y admiramos. Cuando se logran ciertas relaciones, la obra nos capta. La Arquitectura consiste en las armonías", en "pura creación del espíritu".

En la actualidad, la pintura ha precedido a las demás artes.

Ha sido la primera que ha logrado una unidad de diapasón con la época. La pintura moderna ha abandonado el muro, la tapicería o la urna decorativa y se encierra en un cuadro, nutrida, plena de hechos, alejada de la figuración que distrae. Se presta a la meditación. El arte ya no cuenta historias, sino que hace meditar. Después del trabajo es bueno meditar.

Por un lado, una multitud espera una vivienda decente, y esta cuestión es de palpitante actualidad.

Por otro lado, el hombre de iniciativa, de acción, de pensamiento, el CONDUCTOR, quiere albergar su meditación en un espacio sereno y seguro, problema indispensable para la salud de las minorías selectas.

Pintores y' escultores, campeones del arte de hoy, que tenéis que soportar tantas burlas y que sufrís tanta indiferencia, limpiad las casas, unid vuestros esfuerzos para que se reconstruyan las ciudades. Entonces vuestras obras se colocarán en el cuadro de la época y seréis reconocidos y comprendidos en todas partes. Decíos que la arquitectura necesita vuestra atención. Prestad atención al problema de la arquitectura.